



# Hernán Cortés



Hernán Cortés, que después de Tabasco bien podía considerarse la figura más prometedora de la conquista, había nacido en Medellín, localidad de Extremadura, hacia 1485.

Sus primeros pasos los había dado muy lejos de la guerra. Con más **blasones** que fortuna, su familia se había preocupado de asegurar su futuro enviándolo, muy joven, a la célebre Universidad de Salamanca. Hubiera podido ser una gran oportunidad. Pero no lo





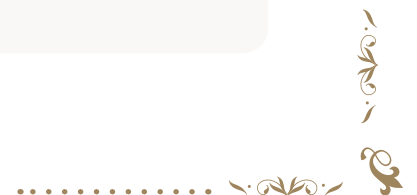
fue. Sin temperamento para los libros, Cortés sufrió allí su primer tropiezo. A duras penas logró sacar el grado de **bachiller** antes de volver a su casa con el rabo entre las piernas.

Salamanca no era su mundo. Lo que en realidad fascinaba a ese joven inquieto y ambicioso era América, esa tierra llena de promesas en la que su imaginación juvenil podía vagar a gusto: hazañas, peligros, oro y fama.

(...)Después de su fracaso salmantino, sus padres no tuvieron más remedio que aceptarlo: Hernán estaba hecho para América. No tenía dinero ni estudios, pero entusiasmo y juventud le sobraban.

Desde Sevilla se embarcó con rumbo a La Española. Allí encontró a Nicolás de Ovando, su pariente, que lo ayudó a **asentarse**. Inesperadamente sus escasos estudios le resultaron útiles: el imperio requería **letrados** para llevar la administración de sus nuevas posesiones. (...)

Fue la época más plácida de su vida. A los pocos años de haber llegado poseía una extensa hacienda, abundantes indios en calidad de esclavos, miles de cabezas de ganado y minas suficientes para amasar una fortuna. Por muchos conceptos, lo había logrado.



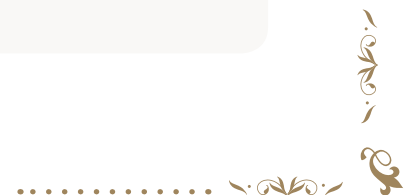


Incluso su aspecto lo manifestaba. Tenía el rostro fino y la frente espaciosa; usaba vestidos refinados y llevaba la barba muy cuidada. Su **fisonomía** era en todo la de un funcionario: eficiente, bien pagado y satisfecho. Exactamente lo contrario de un aventurero.

Pero, ¿era de verdad así? Aunque siempre es difícil decir hasta qué punto las apariencias reflejan la realidad, bien puede suponerse que, en este caso, lo hacían poco. En realidad, Hernán Cortés había asumido aquella vida sin dejarse atrapar por ella. Más aún.(...). Por eso, cuando Velásquez decidió nombrarlo Capitán General de una flota de conquista, Cortés sintió bruscamente llegada su hora. Ahora sí: el prólogo de su existencia había finalmente terminado.

Ansioso de enfrentar aquella aventura, empleó casi toda su riqueza en equipar once carabelas, adelantando dinero propio a los que se alistaban como voluntarios. (...)

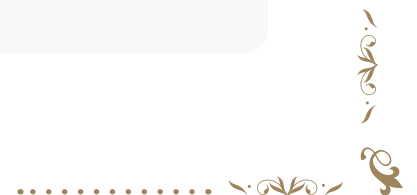
Una vez establecida la paz con los caciques, Cortés volvió a embarcarse. A los pocos días ponía pie en San Juan de Ulúa. Todo contribuía a ofrecerle la certeza que buscaba. Era evidente que había entrado en la zona de influencia de un gran imperio. Por todos lados oía hablar de su pueblo, el azteca; de su ciudad,





Tenochtitlán; y de su emperador, Moctezuma. Su primera preocupación fue fundar una nueva ciudad, Veracruz. Se trataba de un hábil **subterfugio** para romper toda relación con Diego Velázquez. El nuevo **emplazamiento** necesitaba una autoridad: un **cabildo**. Al crearlo, el conquistador podía recibir de él su autoridad. Y así fue: Cortés fue inmediatamente designado Capitán General y Justicia Mayor por el recién creado cabildo de Veracruz. Con tal nombramiento, ya podía continuar tranquilo su marcha.

Por el camino Cortés se preocupó de ir estableciendo relaciones con los nativos. No perdió ninguna ocasión de impresionarlos con sus caballos, sus sables y sus **bombardas**; necesitaba fortalecer el mito que se había fraguado en Tabasco y, al mismo tiempo, enviar un mensaje al soberano de aquellas tierras: se **aprestaba** a visitarlo en el corazón de su imperio, Tenochtitlán. Moctezuma reaccionó de forma ambigua ante aquellos recados. Por una parte, envió abundantes presentes a los extranjeros. Pero por otra, se preocupó de acompañarlos con equívocas advertencias: los hombres blancos y barbados eran bienvenidos en sus tierras, pero por ningún motivo debían continuar





su camino. Los dioses no veían con buenos ojos su marcha.

Cortés no se quedó atrás en aquellas sutiles **escaramuzas** diplomáticas. Respondió ceremoniosamente a los halagos, aceptó los ricos presentes y envió alguna baratija para corresponderlos. Pero cuando se le mencionó el terminante consejo del soberano, se manifestó determinado. Iría a Tenochtitlán, fuera en calidad de amigo o de enemigo. Por el camino, Cortés continuó articulando su estrategia. La recepción que lo acogió en la ciudad de Cempoala fue particularmente cordial. Los indios habían sido advertidos del poder de aquellos extraños huéspedes llegados del mar, y la ciudad se vistió de gala para recibirlos. (...)

El conquistador no demoró mucho en comprender el tenor de aquel recibimiento. No era sólo cortesía. Los jefes de Cempoala estaban tan ávidos de agasajarlo como de hacerle ver la arbitrariedad de los tributos que les imponía Moctezuma. No se trataba de impuestos, sino de jóvenes totonacas mandados al matadero para saciar la sed de Huitchüopoctli, el dios de la guerra adorado por los aztecas. Cortés sonrió enigmáticamente. Era lo que había estado esperando: aliados. ¿Acaso existía otro modo de conquistar el imperio que tenía por delante?



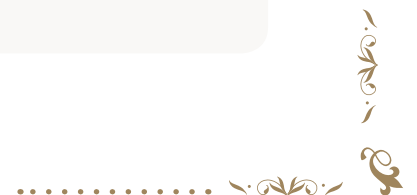
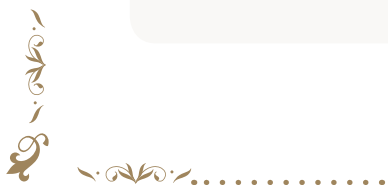


A pesar de aquel espaldarazo, la empresa de conquista arrastraba graves **falencias**. La sorda rivalidad que Cortés mantenía con Velásquez había empezado a tomar cuerpo en su misma tropa. Muchos de sus hombres comenzaban a añorar las seguridades que habían dejado en la isla de Cuba. Después de aquel camino victorioso, ¿acaso la prudencia no imponía el regreso? Tenían riquezas y mujeres en abundancia, ¿qué otra cosa habían venido a buscar?

Al percibir aquella inquietud serpenteando entre su gente, Cortés actuó con dramática **premura**. Siempre había tenido un gran sentido de la oportunidad, y esta vez su instinto le advertía que no debía perder el tiempo en titubeos (...)

Cuenta él mismo en sus Cartas de Relación que “so color de que los navios no estaban para navegar, los eché a la costa, por donde perdieran la esperanza de salir a la tierra y yo hice mi camino más seguro”. En otras palabras, los mandó hundir. Cinco en un primer momento y otros cuatro, días más tarde. Sólo uno quedó a flote.

Con aquella jugada se acabó de golpe la posibilidad del regreso. No había barcos para volver a Cuba: en la práctica Cortés había obligado a su ejército a conquistar México.



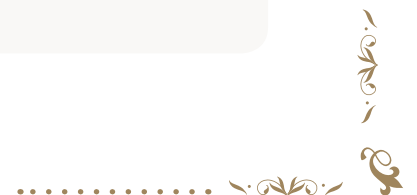


(...) Sin navíos, afirmó Cortés, no existía más alternativa que vencer o morir. De ahora en adelante, no sólo lucharían por Dios y por el rey, sino también por su propia vida. Y con lo mejor de su **arsenal retórico** ofreció a los pusilánimes el último barco que todavía se mecía sobre las aguas. Lo ponía a sus pies junto con su desprecio. Después de aquella **arenga**, nadie aceptó abandonar la empresa.

Como siempre, Cortés había triunfado. Podía darse el lujo de echar al agua con gesto displicente el último de sus barcos. La gran aventura había comenzado. El conquistador tenía a sus órdenes casi quinientos españoles. Con ellos intentaría la conquista de una tierra que, en extensión, triplicaba el territorio de España.

La última etapa del camino de los conquistadores hacia Tenochtitlán fue Tlaxcala. El emperador Moctezuma se había esforzado en vano por someter aquella extensa provincia bajo su yugo, pero había sido incapaz de lograrlo. Más aún, Tlaxcala se había constituido en el centro de la resistencia al imperio azteca.

Teniendo en mente esta rivalidad, los enviados de Cempoala habían esperado convencer a los tlaxcaltecas para aliarse con los españoles. Pero,





inesperadamente, la diplomacia no había logrado cosechar frutos. Tlaxcala era una nación guerre-ra por temperamento, celosa de su independencia y orgullosa de sus triunfos. Nunca había capitulado ante Moctezuma, ¿por qué debía hacerlo ante aquellos extranjeros? Desde mucho antes de su llegada, había decidido recibir en armas a los invasores.

Cada vez más seguros de su propia superioridad bélica, los españoles no esquivaron el desafío.

Prepararon sus armas, dispusieron la caballería e impusieron crudamente su dominio. Tres ejércitos de tlaxcaltecas desaparecieron en aquel choque. El brutal resultado acabó con todas las suspicacias.

Días más tarde, una solemne embajada tlaxcalteca se presentó ante Cortés para solicitar condiciones de paz. Los indios estaban dispuestos a pactar su sometimiento. Después de aquella carnicería, consideraban a los españoles como seres sobrenaturales, teúles, a los que era preferible mantener propicios.

(...) . Entre ambos pueblos se sellaba una alianza que resultaría crucial para el destino de México.

Una última batalla acabó de abrir el camino de los conquistadores hacia Tenochtitlán. Después de Tlaxcala, las **huestes** españolas fueron recibidas en





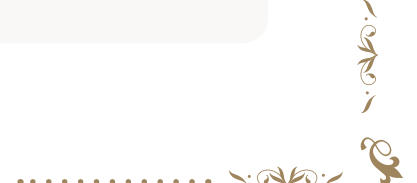
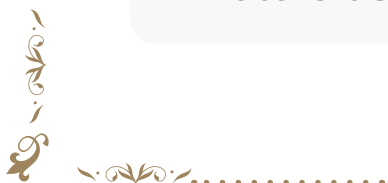


Cholula, la ciudad sagrada aliada de los aztecas. La bienvenida fue muy correcta pero tensa. En realidad, la ciudad preparaba una celada organizada a la distancia por el mismo Moctezuma.

(...)Cortés logró adelantarse a la emboscada e imponer el más duro **escarmiento** entre los indios. ¿Sería ese el primer capítulo de la guerra entre españoles y aztecas? No. A los pocos días llegaba un correo imperial. Moctezuma mandaba decir que repudiaba el atrevimiento de Cholula y que sólo lamentaba la escasa severidad del castigo que el gran Cortés había impuesto. El cinismo de aquella misiva era demasiado obvio.

¿Quién era aquel soberano? ¿De dónde sacaba ese brutal **desparpajo**? ¿Qué le permitía tomar distancia de unos súbditos a los que él mismo había enviado al matadero? Para Cortés, aquellas preguntas no tenían respuesta.

El gran Moctezuma era el postrer representante de una dinastía fuerte, temida y poderosa. Desde hacía doscientos años su imperio dominaba con mano de hierro el valle de México. Pero su glorioso pasado no lograba opacar el incierto presente. En los últimos años la nación había afrontado temblores, hambrunas y desastres militares. Las profecías y visiones de sus sacerdotes habían llegado a sembrar la duda sobre el futuro del reino.



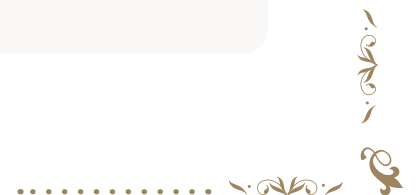


Aquellos acontecimientos habían ido transformando el carácter del emperador Moctezuma. La confianza con que había iniciado su reinado se había ido diluyendo entre catástrofes y premoniciones. A la llegada de Cortés, el soberano se había vuelto impotente y taciturno, equilibrando arranques de cólera con ataques de pánico. No era inusual que castigara a alguno de sus súbditos matándolo de hambre o simplemente desollándolo.

La noticia de aquellos hombres blancos y barbados llegados del mar lo había sumido aún más en la melancolía. Tal vez se trataba del cumplimiento de las profecías. Si así era, aquellos huéspedes no eran sólo intrusos: venían comandados por el propio dios Quetzalcoatl o Serpiente Emplumada.

Según el mito, en un pasado remoto, Quetzalcoatl había llegado a tierra azteca desde un país lejano. Tomando la figura de un hombre blanco, les había ofrecido sabia doctrina, predicando el amor y prohibiendo los sacrificios humanos. Pero al ver que sus esfuerzos no daban frutos, se había marchado navegando hacia el oriente y anunciando que regresaría por el mismo camino.

¿Qué podía hacer Moctezuma de frente a una profecía como esa? El dios de sus padres era Huitzilopochtli, señor de la guerra y hermano de Quetzalcoatl. Él había



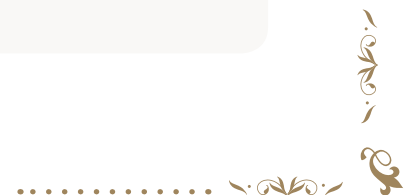


conducido a los ejércitos aztecas, regalándoles su imperio, engrandeciendo su capital y asegurándoles su dominio sobre las tribus vecinas.

Aquel dios **vulnerable** necesitaba la sangre de los hombres para renovar su vida. La sangre humana, derramada a torrentes en los santuarios, lo hacía eternamente joven. ¿Cómo habría podido evitar Moctezuma cumplir sus deberes religiosos? Todas las guerras que había emprendido, todos los prisioneros que había capturado, todos los tributos que había cobrado, habían sido para proveer sus templos de víctimas palpitantes.

Quetzalcoatl, sin embargo, era el Mesías vengador. Su retorno significaba la derrota de los aztecas y la muerte de su hermano Huitzilopochtli. ¿Cómo podía actuar ante su llegada? ¿Luchar, rendirse, establecer condiciones? ¿Qué sería de él mismo, siervo de Huitzilopochtli, que no había dudado en sumergir sus manos hasta los codos en la sangre de los sacrificios? Mientras Moctezuma y su corte se atormentaban en tales cavilaciones, los españoles se acercaban a marchas forzadas a la capital azteca. Aquellos titubeos constituían la exacta confirmación de su propio estado de ánimo: el gran imperio estaba a punto de caer en sus manos.

Cuando finalmente lograron avistarla, la impresión que





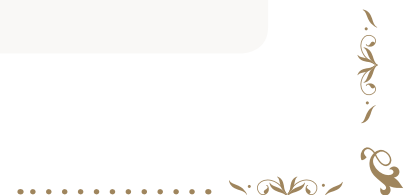
les dejó aquella urbe construida sobre una laguna fue fulminante. Nada de lo que habían oído hacía realmente justicia a Tenochtitlán. Las plazas, los mercados, las joyas y las telas: todo deslumbró a los españoles. En el colmo de la impresión, Bernal Díaz la comparó con Bizancio y Roma.

.. .nos quedamos admirados y decíamos que parecía las cosas de encantamiento que cuentan en el libro del Amadís, por las grandes torres y cues (templos) y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto.

Cuando los españoles entraron en la ciudad, el emperador escondió todos sus dramas internos para **agasajarlos** con el tono de un gran señor. Pretendía im-presionarlos, y lo hizo. Les regaló oro, plata, joyas, orfebrerías... (...)

Mientras los españoles todavía se hallaban bajo el hechizo de Tenochtitlán, Moctezuma quiso poner a prueba las ideas que lo habían abrumado durante los días previos. Después de haberlos recibido con todo lujo en su palacio, decidió llevar a Cortés al templo de Huitchilopoctli, el Teocalli. Estaba a punto de producirse el más violento choque cultural de la conquista.

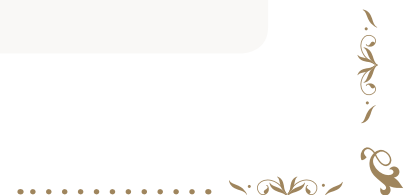
Después de subir los 114 escalones que daban acceso a la terraza superior, el conquistador y los





pocos hombres que lo acompañaban sufrieron la más intensa de las impresiones. Los sacerdotes se encontraban terminando las labores sacrificatorias. Cinco indios con el vientre abierto, desde el esternón hasta el pubis, yacían al pie de los ídolos. Sus corazones, todavía palpitantes, se estremecían sobre un gran brasero.

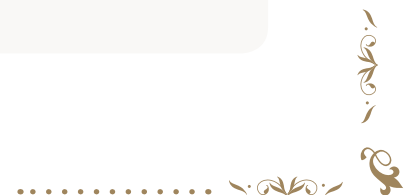
Aquellos muertos constituían el alimento del dios Huitzilopochtli: la vida que necesitaba para iluminar los caminos del pueblo elegido, el azteca. La inmolación se realizaba en los altares del templo, donde se extraía el corazón de la víctima aún viva. La sangre se juntaba en grandes piedras cóncavas, ubicadas al pie de las imágenes, y los cráneos eran ensartados en lanzas de madera, en testimonio de **fever**. Cabelleras, huesos y corazones secos se amontonaban desordenadamente en el suelo. Cortés y sus hombres sufrieron una impresión atroz ante la escena. El tétrico Teocalli “tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo estaba todo bañado en ella; comparado con los mataderos de Castilla no había allí tanto hedor”. Salieron de allí entre arcadas y maldiciones. Desde ese momento su peor pesadilla fue la de terminar en las manos de un sacerdote indígena.





Con aquella visión grabada en la retina, a los españoles les fue imposible establecer cualquier tipo de confianza con Moctezuma y su pueblo. Aquel espectáculo *nauseabundo* había terminado de convencerlos: los indios adoraban potencias diabólicas. Desde la visión del Teocalli, la guerra se hizo inevitable. Todas las atenciones de Moctezuma se habían convertido en las zalamerías de un tirano. Una tensa desconfianza fue tejiéndose entre españoles e indígenas. Con el correr de los días, Moctezuma se fue convirtiendo inevitablemente en prisionero de los españoles. Era su único seguro de vida en medio de aquella masa azteca que, a distancia de su soberano, los miraba con los ojos inyectados en sangre. Más todavía después de que una expedición de españoles sucumbiera a manos indígenas, poniendo en cuestión el mito de la inmortalidad de los teúles.

No obstante sus múltiples manifestaciones de buena voluntad (o tal vez precisamente por ellas), Moctezuma fue obligado a abandonar su residencia y entregar su autoridad. Cuando llegó el momento, Cortés fue a buscarlo a su palacio. El soberano hubiera podido masacrar a la delegación que había ido a



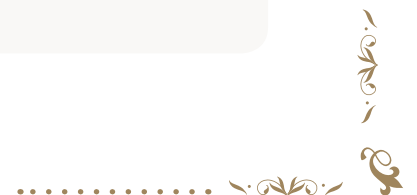


prenderlo, pero el peso de las leyendas lo había vencido y ya no sabía qué partido tomar. Para el pueblo de México fue un espectáculo apocalíptico: Moctezuma salió de su palacio escoltado por españoles, con el rostro bañado en lágrimas, en dirección al palacio de Azayacatl, en calidad de prisionero. El universo azteca había comenzado a derrumbarse.

Ateniéndose rigurosamente a un plan fijado de antemano, Cortés dio un nue-vo paso. Subió a lo alto del Teocalli y, armado con una barra de hierro, derribó las estatuas de Huitchilopoctli. (...)

Días más tarde, Moctezuma colaboraba activamente con Cortés, exhortando a su pueblo a someterse a la autoridad de los recién llegados. Se había cumplido la profecía de Quetzalcoatl: Huitchilopoctli había dimitido ante su hermano. Los jefes aztecas no tardaron en seguir sus huellas: todos ellos juraron solemne fidelidad a un emperador desconocido, que se hallaba del otro lado del océano.

Sin rey ni dios, los aztecas entraron en la peor de las **agonías**. El pulular de los tlaxcaltecas en su propia ciudad y el reparto del tesoro real acabaron de sumir al pueblo en la más negra melancolía. Cuando el quinto real fue enviado a España, Moctezuma le añadió sus propias joyas encargando transmitir al





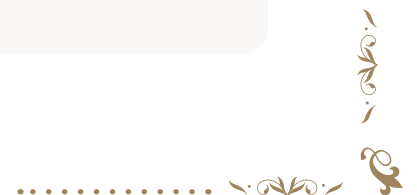
emperador Carlos estas irónicas palabras: “Disculpa la insignificancia de estos presentes. No me queda ya nada. Todo lo demás me lo habéis quitado”.

El destino parecía hallarse enteramente en manos de Cortés. En catorce meses había conquistado un imperio. La riqueza parecía inagotable, la afluencia de nuevos españoles engrosaba constantemente sus filas y el Emperador se mostraba obsequioso hasta el servilismo. Cortés mandaba, deponía y condenaba con la misma autoridad de la que había despojado a Moctezuma.

Pronto, sin embargo, le saldrían al camino enemigos inesperados. Velásquez había mandado una flota de 18 embarcaciones a cargo de Panfilo de Narváez para capturarlo: el gobernador cubano no había perdonado aquella traición y lo quería vivo o muerto.

Salido a conjurar el peligro, Cortés debió dejar Tenochtitlán al mando de Pedro de Alvarado, uno de sus lugartenientes. ¡Duro destino el de este capitán! ¿Qué tenía para mantener la paz, custodiar el tesoro y conservar la vida? Apenas ochenta españoles y cuatrocientos tlaxcaltecas; una gota de agua en un océano de 300.000 aztecas.

Entre las fiestas religiosas de los aztecas había una especialmente dramática, que se celebraba durante



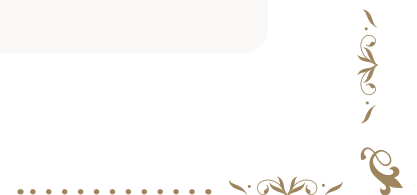




el mes de toxcatl. El día prefijado se reunía en la capital una multitud que danzaba, cantaba y se emborrachaba en honor a sus dioses. Cortés había aprobado aquella celebración a fin de no aumentar la humillación indígena de las últimas semanas. La única condición que había impuesto era que no se realizaran sacrificios humanos. Cuando llegó el momento de la fiesta, el conquistador había partido hacía varios días a enfrentar las huestes de Panfilo de Narváez. Las tropas hispanas sufrían intensamente la orfandad en que las había dejado Cortés, y tenían razón. Todo lo que habían logrado hasta ese momento, lo debían al talento estratégico y militar de su jefe.

Para aquellos soldados, que se sentían siempre en estado de **asedio**, el espectáculo de aquella celebración ritual fue tan imprevisto como aterrador. Apenas anocheció, las calles se convirtieron en el centro de una aparente adoración satánica: brujos emplumados e ídolos sangrientos surgieron de la nada. (...)

En su dramática vigilia, Alvarado podía sentir cómo subía la temperatura de aquella pequeña multitud de dos mil personas reunidas en la plaza. Como todos sus hombres, se había convencido de que aquello era el prólogo de una rebelión en masa. Sólo atinaba a pensar en cómo lograría controlar a la muchedumbre cuando llegara el





momento del desbande.

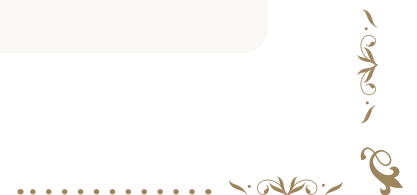
En medio de tales tensiones, uno de los suyos se acercó a informarle que los sacerdotes, faltando a su promesa, estaban a punto de sacrificar dos jóvenes a Huitchilopoctli. (...)

Los ochenta españoles bajo su mando adivinaron por la sola expresión de Alvarado el drama que estaba por desencadenarse. Tensos como su jefe, casi le exigían que se adelantara al ataque azteca. Alvarado no tuvo que repetir la orden; apenas recibida la indicación, sus soldados se agruparon disciplinadamente en formación de combate, sacaron las espadas y cerraron las salidas de la plaza. Comenzaba la matanza.

La respuesta azteca no se hizo esperar. Aquella agresión, que para los indios resultaba completamente injustificada, fue la gota que rebalsó el vaso. (...)

En poco tiempo reorganizaron sus fuerzas y se lanzaron al combate. Los ochenta españoles debieron **replegarse**. Ante aquella masa furiosa de atacantes, no tuvieron otra opción que la de buscar refugio en el palacio que les había servido de albergue.

Al verlos acorralados, los aztecas sitiaron la residencia, cortaron el agua y dieron lugar a un sitio en toda regla. Por primera vez la iniciativa había pasado al





campo indígena. Ahora sí podían esperar que el tiempo pusiera en sus manos a sus enemigos.

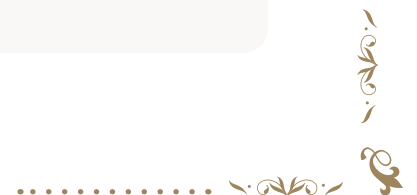
Tarde o temprano, agotados por el hambre, la sed y el cansancio, todos ellos subirían las gradas del Teocalli...(...)

Tres semanas más tarde, Cortés llegó de vuelta a la ciudad. Como siempre, regresaba con la victoria. Había logrado conjurar de forma milagrosa el peligro llegado de Cuba, y además de someter a Narváez, había conseguido ampliar su tropa. Volvía con 1.300 españoles y varios miles de indios tlaxcaltecas recogidos por el camino. Esperaba una recepción triunfal y, con toda certeza, la merecía.

Al llegar a Tenochtitlán se encontró con una ciudad desierta. Los indios le habían despejado el camino para encerrarlo en la misma ratonera en la que se amontonaba el resto de sus hombres.

(...) Cortés advirtió de inmediato que había caído en una trampa. Organizó apresuradamente a sus hombres y se aprestó a resistir el ataque. Los españoles esperaron con el alma en vilo, en medio del silencio que suele preceder a las tragedias. Hasta que se desató la tormenta.

Una tensa mañana de junio, una multitud de indios





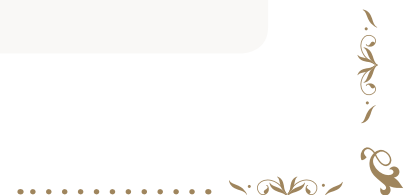
armados con piedras, palos y lanzas se lanzó al combate aullando consignas de guerra. (...)

En un gesto desesperado, Cortés quiso contener a los atacantes presentándoles la figura de Moctezuma. A aquellas alturas el soberano era una sombra del que alguna vez había sido; su hermano lo había **sustituido** dirigiendo el asedio contra los invasores.

Conscientes de que era su única posibilidad, los españoles lo vistieron y llevaron con sus mejores galas para que dirigiera la palabra a su pueblo. El soberano se prestó por última vez a sus deseos. Salió a la terraza y comenzó a **exhortar** a la multitud hablando de Quetzalcoatl, pero un clamor de indignación respondió a sus palabras. Moctezuma ya no representaba al mundo azteca.

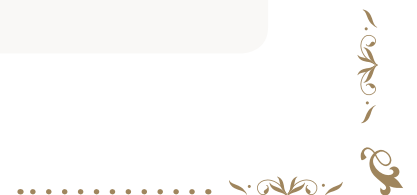
Al abucheo siguió una andanada de proyectiles y, casi al instante, el monarca cayó gravemente herido por una piedra en mitad de la frente. Desesperado ante el desprecio de su pueblo, el soberano comenzó a llamar a gritos a la muerte mientras sus servidores lo retiraban atropelladamente de la terraza. Fue la última aparición de Moctezuma. Horas después moría, tal vez rematado por los mismos españoles que ya no podían esperar ningún beneficio de aquel prisionero.

(...) Viendo Cortés que la tensión de los atacantes no



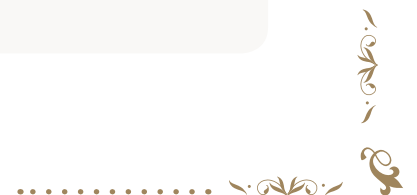


cedía, decidió intentar la re-tirada. Se trataba de un movimiento desesperado. Atravesar aquella masa indígena que los sofocaba parecía poco menos que imposible. Pero no quedaba ninguna otra opción. Después de la muerte de Moctezuma, permanecer en Tenochtitlán hubiera equivalido a condenarse a muerte. Corría el 30 de junio de 1520. Poco antes de la medianoche la tropa se puso en marcha aprovechando las sombras. Eran 1.100 españoles, treinta cañones, cerca de 100 caballos y varios miles de indios tlaxcaltecas. Cortés, al ver que la mayoría del oro quedaba en la ciudad, se limitó a entregar a sus soldados “lo que quieran tomar”. Se venía encima “la noche triste”. La salida fue cruenta y dramática. Grupos de aztecas los insultaban desde los tejados, gritándoles ladrones y asesinos. Los españoles, cabizbajos, apuraban progresivamente el paso, conscientes de que en cualquier momento estallaría nuevamente la lucha y que, cuando lo hiciera, carecerían de cualquier parapeto. En la estrecha calzada por la que huían no sería posible maniobrar caballos ni cañones. A una señal convenida, los aztecas descargaron toda la rabia acumulada en los últimos meses. Ahora los tenían en su propio terreno: podían permitirse el lujo de no darles tregua. Comenzaron a atacarlos por detrás, por arriba, por los flancos, desde el agua... (...)





La carnicería no se prolongó más de la cuenta. Los indios ni siquiera se preocuparon de perseguirlos al llegar a tierra firme: estaban demasiado ocupados en despojar a los muertos y preparar a los heridos. Llevaban meses anhelándolo: los corazones debían caer todavía palpitantes en el brasero de Huitchilopoctli. Nada impediría que Tenochtitlán se emborrachara de alegría salvaje, sacrificando uno a uno a los españoles caídos en sus manos. En aquella fuga los españoles perdieron la mitad de sus tropas, más de 4.000 tlaxcaltecas y toda la artillería. De la imponente fuerza de guerra sólo quedaron unos cuatrocientos soldados contusos, malheridos y desmoralizados. Cuando los conquistadores se refugiaron en una colina para hacer el recuento, Cortés se retiró bajo un ciprés y lloró. En sólo unos días había pasado de la más embriagadora victoria a la derrota más absoluta, perdiendo Tenochtitlán, su tesoro y su ejército. (...)En cuanto pudo pensar con claridad, Cortés comenzó a urdir nuevos planes de conquista. La ciudad había sido suya y estaba seguro de que podía volver a serlo. ¿Por qué dudarla? Tenía los medios y el coraje para tomarla de nuevo. En medio de grandes dificultades rehízo a su ejército

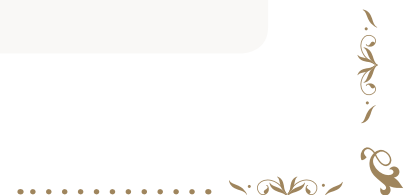




y construyó una flota de trece bergantines. Si lograba dominar el lago, pensaba, le bastaría estirar la mano para hacer suya Tenochtitlán. Y esta vez sería para siempre.

Durante aquellos meses, los aztecas también se prepararon. Su nuevo soberano, Cuahctemoc, se consagró a preparar el choque que preveía inevitable. Mujeres, niños y ancianos salieron de la ciudad; se ensancharon fosos, se tendieron trampas, se construyeron fortificaciones. La ciudad debía convertirse en una fortaleza inexpugnable. (...) Meses después, los **contendientes** estaban listos para acometerse: el ejército sitiador, compuesto por novecientos españoles y cien mil aliados tlaxcaltecas, se preparaba para entrar en Tenochtitlán. Cortés había dividido a su ejército en tres columnas de asalto; según sus planes, cada una de ellas penetraría a la ciudad con el apoyo de los bergantines desde la laguna.

La operación, sin embargo, encontró obstáculos insalvables apenas abrió fuego. Las tropas hispanas atacaban con cautela, evitando por todos los medios quedar cercados por enemigos. No quería repetir la experiencia de la “noche triste”. Los indios, por su parte, resistían con bravura, sin ceder un

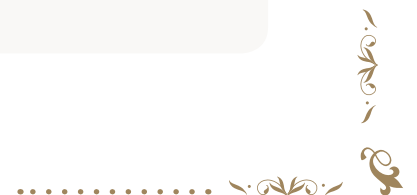




palmo de terreno. En esas condiciones, el avance de los conquistadores resultaba de una lentitud exasperante. Al poco tiempo se hizo evidente que aquella lucha interminable no daría nunca frutos.

Cortés apenas demoró en repensar sus planes. Cambiando radicalmente de estrategia, mandó replegar sus tropas, sitiar la ciudad y rendirla por hambre. Fue el más grande de sus aciertos. Sesenta y cinco días duró el sitio. Los aztecas resistieron heroicamente aquel cerco imprevisto. Cuando terminaron sus provisiones, se alimentaron con la sangre de los cadáveres y la carne de los lagartos. Pero no fue suficiente. Esta vez la suerte había caído en el campo de los sitiadores. Finalmente, entre los gritos jubilosos de los tlaxcaltecas, la ciudad capituló. De los 300.000 habitantes de la antigua Tenochtitlán sólo quedaban unos cuantos miles; el emperador había muerto y junto con él toda la nobleza.

El triunfo de Cortés esta vez fue total. Inmediatamente mandó aplanar los escombros del antiguo México para construir una nueva ciudad sobre sus ruinas. En el lugar del gran Teocalli mandó erigir un templo en honor de san Francisco y en el





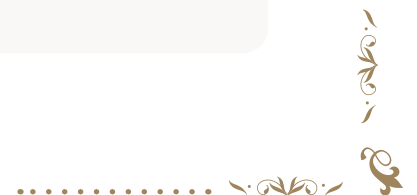


centro de la ciudad, una gran plaza mayor. Bajo sus nuevos amos, Tenochtitlán no volvería jamás a ser la misma.

Así fue. El tiempo se mostró *inmisericorde* con el pasado. Sólo cuatro años más tarde, trabajando bajo órdenes hispanas, los mismos aztecas habían borrado por completo el rostro de la antigua ciudad. Dos mil familias habían llegado de la península para poblar la primera capital virreinal americana. Cada español inmi-grado había recibido una concesión de tierras y abundante mano de obra indígena. Se habían importado plantas y semillas; y multiplicado las casas, los naranjos, las huertas y las torres. Frailes franciscanos y dominicos habían comenzado la cristianización de México.

Cortés, el gran vencedor de aquella aventura, cambió su residencia a su palacio de Coyoacán. Desde allí comenzó a reinar como un soberano imperial, rodeado de consejeros, nobles y cortesanos. Parecía ser el mismo triunfador de siempre. Hacía sólo algunos meses había llorado las amarguras de “la noche triste” a las afueras de Tenochtitlán; hoy podía considerarse amor y señor de todo México.

(...)





## GLOSARIO

1. **Blasón:** Cada figura o pieza de las que se colocan en un escudo familiar. Representan los orígenes.
2. **Bachiller:** persona que ha estudiado el bachillerato y ha obtenido dicho grado.
3. **Asentar:** sentarse en un lugar/ adquirir firmeza y estabilidad.
4. **Fisonomía:** aspecto exterior de las cosas/ aspecto particular del rostro de una persona.
5. **Subterfugio:** pretexto, excusa, escapatoria.
6. **Emplazamiento:** ubicación.
7. **Cabildo:** corporación municipal.
8. **Bombarda:** antigua máquina militar que se usaba para arrojar piedras.
9. **Aprestaba:** disponía, preparaba.
10. **Escaramuzas:** riña, pelea de poca importancia.
11. **Falencias:** carencias, debilidades.
12. **Arsenal:** depósito de armas.
13. **Retórico:** relativo a la retórica. *Retórica:* arte de dar buenos discursos, bien armados, con muy buen vocabulario y que tienen el fin de convencer de algo.
14. **Arenga:** discurso solemne, en general se usa para preparar, fortalecer y enardecer los ánimos para una tarea difícil.
15. **Huestes:** ejércitos / conjunto de partidarios de una persona o de una causa.
16. **Escarmiento:** castigo, multa, pena.
17. **Desparpajo:** facilidad en el hablar o en las acciones.
18. **Vulnerable:** que puede ser herido o recibir lesión, física o moralmente.
19. **Agasajar:** Tratar con atención cariñosa/ halagar a uno con regalos.
20. **Fervor:** apasionamiento/ vehemencia/ celo religioso.
21. **Nauseabundo:** que causa náuseas, ganas de vomitar.
22. **Agonía:** angustia y congoja del moribundo.
23. **Asediar:** rodear y cercar un punto fortificado, para impedir que salgan los que están en él o que les lleguen socorros.
24. **Vigilia:** Acción de estar despierto o en vela.
25. **Replegarse:** retirarse las tropas, retroceder.
26. **En vilo:** suspendido con poca seguridad o firmeza. Inquietud.





**27. Sustituído:** reemplazado

**28. Exhortar:** Inducir con razones o ruegos a que alguien haga o deje de hacer alguna cosa.

**29. Contendientes:** que contienden. Contender: pelear, batallar.

**30. Inmisericorde:** sin misericordia, sin piedad, sin lástima.

*Elaborado por:*

*Gerardo Vidal en El tiempo de las reformas y de los descubrimientos.  
Editorial Universitaria, 2009.*

